

RELOJ DE BOLSILLO WINDMILLS

La historia del reloj es la crónica puntual y fidedigna del ingenio humano. Antiguas civilizaciones desarrollaron sistemas para medir el tiempo: relojes de sol, de agua, de fuego (candelas), de arena... pero carecían de exactitud por lo que el hombre debió recurrir a la invención de elementos basados en la mecánica. A partir del siglo XIII aparecen los primeros relojes mecánicos movidos por un peso motor que hacía de fuerza motriz. Estos primitivos ingenios fueron relojes de campanario sin esfera; ya posteriormente se colocaron relojes públicos en las catedrales y ayuntamientos de las grandes ciudades con esfera de una sola aguja y que con la sonería indican la hora haciendo un gran servicio a la población.

En el siglo XV se sientan las bases de la relojería personal gracias al gran invento del muelle real como fuerza sustitutoria de los pesos, lo que permitió el inicio de investigaciones científicas (como el descubrimiento del “caracol” por Leonardo da Vinci) que culminarán en el reloj portátil de bolsillo. El uso de esta máquina obedeció a una nueva concepción del tiempo y una nueva visión del mundo, centrada en el hombre.

De la pieza que nos ocupa asentada en el Libro de Registro con el número 406 no tenemos ninguna noticia de su procedencia, excepto que ingresó por medio de la Comisión Provincial de Monumentos, lo mismo que un precioso Cabrier (Nº de registro 405). De la misma procedencia son dos más, uno de ellos, un reloj “de cazador” Roskopf y otro que podría corresponderse con el que se menciona en el Catálogo de objetos que la Comisión adquirió desde los inicios del Museo (1895) y publicados en su Boletín: “*Saboneta antigua regalo de don Silvio Fernández*”. Además de los mencionados, el Museo Arqueológico cuenta con una interesante colección de relojes de bolsillo de diferentes épocas gracias al legado Parada Carballo que incluía 12 ejemplares, entre los que destacan un Breguet, un Longines y un Roskopf. También por donación de F. J. González el museo conserva un curioso reloj de sereno empleado para registrar las rondas de vigilancia.

Esta pieza es de estilo georgiano (Jorge II) posiblemente del primer tercio del siglo XVIII, modelo lepine de 5 cm de diámetro, con doble caja independiente. La exterior, “*chichonera*”, que sería la que llevaría la decoración, no se conserva y la interior es de plata de tapa lisa (propio del

estilo inglés) y esfera esmaltada en blanco unidas mediante bisagra a la altura de la cifra XII y con un mecanismo de apertura situado debajo de la cifra VI. El colgante, que se sujeta a la caja a la altura de la cifra XII, es alargado y remata en un anillo achatado. La tapa de cristal está en perfecto estado. Tiene dos agujas de metal; a la aguja que marca las horas parece faltarle la punta. El cambio horario se hace por el eje de las agujas con la llave. Las horas se señalan con números romanos, en esmalte negro rodeados por rayas que indican los minutos contabilizados también de cinco en cinco, en pequeño y con numeración arábiga. Funciona con sistema *remontoir* a llave por la parte posterior de la maquinaria, de latón dorado con número de serie 5574 y la marca del prestigioso relojero *Windmills. LONDON*. La galluzca está profusamente decorada con un rostro masculino y motivos vegetales y florales. El indicador de las divisiones del disco regulador marca de 1 a 30 esmaltadas en negro y grabadas sobre disco de plata; girando el disco a la derecha aceleramos la marcha del reloj y a la inversa lo retrasamos. La fuerza se transmite por medio del escape de rueda catalina. Los distintos elementos de la maquinaria se sustentan entre cuatro pilares. Las piezas están hechas a mano y se conservan todas las originales. El conjunto fascina por la exquisitez de las ruedas, del muelle original en buen estado y la delicada y profusa decoración. Funciona perfectamente y tiene un sonido maravilloso. Un modelo similar, pero firmado por *Rd. Reed. Chelmsford* se conserva en el Museo Lázaro Galdiano.

Joseph Windmills (1640-1724) y su hijo Thomas Windmills (1678-1737) crearon espléndidos relojes entre los años 1671 y 1737, llegando a tener más de diez empleados, por lo que deducimos que la producción en esa época era importante. Gozaban del mecenazgo Real y sus piezas forman parte de las colecciones del Museo Británico, el Museo Ashmolean y del Museo de la Relojería en La Chaux De Fonds (Suiza). Joseph Windmills, Maestro Relojero desde 1702 y miembro del “Excelentísimo Gremio de Relojeros” de Londres a los que la Carta Real de 1631 legitima como artesanos profesionales frente a los intrusos o imitadores. Recibe muchos encargos de adineradas familias de toda Europa en su establecimiento “*The Dial*” en St. Martins Le Grand. Es una época de prosperidad londinense y la edad de oro de la relojería inglesa pues coetáneos suyos son otros grandes maestros como Thomas Tompion o Daniel Quare. Por su parte, Thomas Windmills, aprendiz con su padre, lo sucede tras su fallecimiento, estableciéndose en Tower Street. Entró en la “Clockmakers Company” en 1695 y fue Maestro en 1719, consolidando el prestigio de la firma al

obtener un contrato por 30 años para el mantenimiento del reloj de la Torre de Londres. Sus obras figuran en el Museo de Ciencias de Londres, en el Metropolitano de Arte de Nueva York, en el Museo Guildhall, en la desaparecida Colección Wetherfield, etc. En el bonaerense barrio de la Recoleta, se inaugura en 1732 la Iglesia del Pilar con un reloj de Thomas Windmills que tiene la singularidad de una esfera de mampostería. Además, en el Catálogo de Relojes del Patrimonio Nacional español aparecen dos hermosos ejemplos de la maestría de Windmills, de estilo georgiano, como recoge Colón de Carvajal.

En el siglo XVII se revoluciona la ciencia relojera, la técnica está avalada por las artes aplicadas, el buen gusto, la calidad y la belleza. Galileo descubrirá el isocronismo del péndulo y Huygens aplica sus beneficios al regulador y en 1675 se incorpora el muelle en espiral. La estética pasa a un segundo plano a favor de una mayor perfección del movimiento aplicando el concepto inglés “cuanto más simple sea la caja, mejor será el mecanismo”. El método experimental y el cálculo matemático son fundamentales en la ciencia moderna. Tras el minuto, conquistado por el péndulo, se persigue afanosamente el segundo a través del “escape libre”, la reducción de roces y las compensaciones térmicas. La “Compañía Inglesa de Relojeros” fundada en 1631 por el Rey Carlos I, se reservaba el derecho de perseguir y destruir por la fuerza las piezas de nivel insuficiente, para proteger al público de las personas “...*que construyan, vendan, compren, transporten o importen, cualquier reloj, cuadrante solar, despertador, caja o estuche de mala o insuficiente calidad...*” Tal es la severidad de criterio y elegancia que garantiza un nivel de calidad casi incomprensible hoy. El buen gusto aliado al “saber vivir”, al disfrute de la elegancia en los interiores, siempre a la medida del hombre. Hasta el siglo XVI, el reloj poseía una sola aguja, era impreciso y con todo aportaba información muy útil: el calendario, las fases lunares y hasta el zodíaco para determinar os momentos fastos o nefastos. En esta época es imposible hablar de industrialización en la fabricación, por lo que los relojes son piezas únicas, hechas a mano en talleres de relojería, que, a veces, también lo son de orfebrería y joyería, pues existía cierta distribución del trabajo en el proceso de fabricación. En el siglo XVII se introdujo la tapa protectora de cristal y la doble caja, en España llamada “*chichonera*”. Comienzan a usarse esmaltes para proteger y decorar las tapas. La mayoría de los relojes son redondos u octogonales pero comienzan a fabricarse con formas variadas: libro, corazón, calavera, concha, flor, cruz... Ya en el siglo XVIII, las cajas, de oro o plata, comienzan a repujarse; el reloj inglés posee

decoración mitológica o guerrera y el francés decoración barroca. La imaginación de los esmaltadores o grabadores, compondrá escenas de todo tipo: bucólicas, religiosas, chinescas, heráldicas, cinegéticas, galantes, eróticas (por encargo), retratos... Muchos de ellos se recubren de piedras preciosas (perlas, diamantes, ágatas). Aunque al principio se colgaban del cuello o del pecho, a partir de este período, los relojes irán colgados de cadenas de oro, plata o metal que se sujetan al bolsillo del chaleco en los hombres o a la cintura en las mujeres. La leontina se adorna con decoraciones diversas de telas, pedrerías, monedas o amuletos. En 1938, en el Boletín de la Comisión de Monumentos de Ourense, Bouza Brey escribe. “... *el hallazgo de herraduras indica suerte y colgando de cadenas de reloj se llevan, hechas en miniatura con metales preciosos, a manera de amuletos, en los que continúa la herradura con su papel protector característico.*”

Tras un prolífico siglo XIX, en el que destaca especialmente Suiza, los relojes de bolsillo o faltriquera fueron desplazados por los de pulsera a inicios del siglo XX, pero nunca dejaron de fabricarse; cambiaron las costumbres, los gustos y la técnica dotándolos de mayor precisión y autonomía. Hoy en día algunas marcas siguen fabricándolos, unos de baja calidad y otros de una altísima gama, como los Patek Philippe.

El reloj siempre fue un objeto de prestigio, según que época o lugar quien pudo se hizo con uno. En muchas familias, tanto por su componente familiar y sentimental como por la fascinación que despiertan, se conserva el reloj del bisabuelo que volvió de Cuba o Argentina con el preciado bien, ya que la emigración (y las guerras) fueron circunstancias propicias para ello... Las fantásticas maquinarias y decoraciones los convierte en codiciadas piezas de coleccionista y también son usados a diario por nostálgicos que disfrutan de su encanto y belleza.

“El progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer, sino al revés, en conservar aquella esencia del ayer que tuvo la virtud de crear ese hoy mejor”. Ortega y Gasset